

Accion de mí tan indigna;
Muy bien hiciste en ganarle.

Bern. Prevéngase la capilla,
Que mil alabanzas cante,
Mientras yo saco la Virgen.

Rey. No me estorbeis que yo baje.

Const. Excusado es vuestro zelo;
Que sobre las ondas sale
Ella misma, que han crecido
Para basas sus cristales.

Bern. Pues procesion se prevenga,
Y en un altar se consagre,
Hasta que varon devoto
Mayor templo la levante.

[*Súbe la Imágen, tómalala el Arzobispo, arrodíllanse todos los demas, y despues va en procesion, cantando los Músicos, que serán los Pages con sobrepellices.*

Const. Yo la llevaré en mis hombros,

Las voces mis dichas canten.

Canta 1. Salve Regina.

Todos. Precursora del sol, alba del dia.

Canta 2. Mater misericordiae.

Todos. Estrella de la mar, luz de la noche.

Rey. Alabanzas de María

Merezca el alma escuchar.

Bern. Oye, volved á cantar.

Const. Qué placer!

Rey. Y qué alegría!

Canta 3. Vita, dulcedo.

Todos. Gran torre de David, puerta del cielo.

Canta 4. Spes nostra.

Todos. Cedro, lirio, clavel, cipres y rosa.

[*Prosigue la procesion, y tocan chirimías.*

Dom. Y perdonad al Poeta,

Si sus defectos son grandes,

Y en esta parte la fe,

Y la devocion le salve.

XIX.

EL MAYOR MONSTRUO LOS ZELOS.

PERSONAS.

El TETRARCA.
OCTAVIANO.
ARISTOBOLO.
FILIPO.

TOLOMEO.
POLIDORO, gracioso.
Un Capitan.
MARIENE.
SIRENE.

LIBIA.
ARMINDA.
Soldados.
Músicos.

JORNADA I.

Salen los Músicos cantando, y detras el TETRARCA, MARIENE, LIBIA, SIRENE y FILIPO.

Musíc. La divina Mariene,
El sol de Jerusalem,
Por divertir sus tristezas,
Vió el campo al amanecer.
Las aves, fuentes y flores
La dan dulce parabien,
Repitiendo por servirla
Al aire una y otra vez:
Sea triunfo de sus manos
Lo que es pompa de sus pies;
Fuentes, sus espejos sed,
Corred, corred;
Aves, su luz saludad,
Volad, volad;
Flores, paso prevenid,
Vivid, vivid.

Tetr. Hermosa Mariene,
Á quien el orbe de zafir previene
Ya soberano asiento,
Como estrella añadida al firmamento,
No con tanta tristeza
Turbes el rosicler de tu belleza.
Qué deseas? qué quieres?
Qué envidias? qué te falta? ¿tú no eres,
Amada gloria mia,
Reina en Jerusalem? ¿su monarquía,
En cuanto ciñe el sol, el mar abarca,
No me aclama su inclito Monarca?
Como dan testimonio
Letras de Marco Antonio,
Y firmas de Octaviano;
Porque los dos intentan, aunque en vano,
Repartir el imperio,
Que dilata y extiende su emisferio
Desde el Tiber al Nilo.
¿Y yo con cauto pecho y doble estilo
De Antonio no defiendo
La parte, porque así turbar pretendo
La paz, y que la guerra
Dure, porque despues, cuando la tierra
De sus huestes padezca atormentada,
Y el mar cansado de una y otra armada,

Pueda yo declararme,
Y en Roma, tú á mi lado, coronarme?
¿Tu hermano y Tolomeo,
No son á quien les fio mi deseo,
Y ley de mi albedrio,
Pues con los dos socorro á Antonio envio?
Y en tanto (o cielo hermoso!)
Que al triunfo llega el dia venturoso,
¿No estás de mi adorada?
¿De mis gentes no estás idolatrada?
¿No habitas esta quinta,
Que sobre el mar de Jope el cielo pinta?
Pues no tan fácilmente
Se postre todo el sol á un accidente,
Liberal restituya tu alegría
Su luz al alba, su esplendor al dia,
Su fragancia á las flores,
Al campo sus colores,
Sus matices á Flora,
Sus perlas á la Aurora,
Su música á las aves,
Mi vida á mí; pues con discursos graves
Á zelos me ocasionan tus desvelos:
No sé qué mas decir, ya dije zelos.

Mar. Tetrarca generoso,
Mi dueño amante, y mi galan esposo,
Ingrata al cielo fuera,
Y á mi ventura ingrata, si rindiera
El sentimiento mio
Á pequeño accidente su albedrio.
La pena, que me aflige,
De causa (ay cielos!) superior se rige,
Tanto, que es todo el cielo
Depósito infeliz de mi desvelo;
Pues todo el cielo escribe
Mi desdicha, que en él grabada vive,
En papel de cristal con letras de oro;
No con causa menor mi muerte lloro.
Tetr. Menos entiendo ahora yo, y mas dudo
El mio y tu dolor; y si es que pudo
Tanto mi amor contigo,
Hazme ya de tu mal, mi bien, testigo;
Sepa tu pena yo, porque la lloro,
Y mas tiempo no ignore
Muerte, que ya con mis sentidos lucha.
Mar. Nunca pensé decirlo; pero escucha:
Un doctísimo Hebreo
Tiene Jerusalem, cuyo deseo

Siempre ha sido estudioso
Apresurar al tiempo presuroso
La edad, como si fuera
Menester acordarle que corriera.
Este pues vigilante,
En láminas leyendo de diamante
Caractéres de estrellas,
Hoy los futuros contingentes dellas
A todos adelanta,
Tanta es la fuerza de su estudio, tanta,
Que es oráculo vivo
De todo ese cuaderno fugitivo,
Que en círculos de nieve
Un soplo inspira, y un aliento bebe.
Yo, que muger nací, (con esto digo,
Que amiga de saber) docto testigo
Le hice de tu fortuna y mi fortuna;
Porque viendo, que al orbe de la luna
Hoy empinas la frente,
El futuro previne contingente.
Con el mío juzgó tu nacimiento,
Y á los delirios de la suerte atento,
Halló..... Aquí el labio mío
Torpe, muda la voz, el pecho frío,
Se desmaya, se cansa y desfallece,
Y aquí todo mi cuerpo se estremece. —
Halló en fin, que sería
Trofeo injusto yo (qué tiranía!)
De un monstruo el mas cruel, horrible y fuerte
Del mundo; halló tambien, que daría muerte
(¿Qué daño no se teme prevenido?)
Ese puñal, que ahora te has ceñido,
A lo que mas en este mundo amares.
Mira, si tales penas, si pesares
Tan grandes es forzoso
Que tengan mi discurso temeroso,
Muerta la vida y vivo el sentimiento;
Pues infaustos los dos, con fin sangriento,
Por ley de nuestros hados,
Vivimos á desdichas destinados;
Tú, porque ese puñal será homicida
De lo que mas amares en tu vida;
Y yo, siendo con llanto tan profundo
Trofeo del mayor monstruo del mundo.

Tetr. Bellísima Mariene,
Aunque ese libro inmortal
En once hojas de cristal
Nuestros discursos contiene,
Dar crédito no conviene
A los secretos, que encierra;
Que es ciencia, que tanto yerba,
Que en un punto solamente
Mayores distancias miente,
Que hay desde el cielo á la tierra.
De esa ciencia singular
Solo se debe saber
El mal que se ha de temer,
Mas no el que se ha de esperar.
Sentir, padecer, llorar
Desdichas, que no han llegado,
Ya lo son; pues tu cuidado
No puede haberte oprimido,
Después de haber sucedido,
A mas que haberlas llorado.
Y si ahora tu desvelo
Lo que ha de suceder llora,
Tú haces tu desdicha ahora
Mucho primero que el cielo.
Que llorar con desconuelo,
Por imaginada dicha,
Ó la desdicha, ó la dicha,
Ya es hacer cara en rigor,
Pues no hay desdicha mayor,
Que el esperar la desdicha.

Con otro argumento yo
Vencer tu dolor quisiera:
Si ventura acaso fuera
La que el astrólogo vió,
¿Dírasla crédito? No,
Ni la estimaras, ni oyeras;
¿Pues por qué en nuestras quimeras
Han de ser escrupulosas
Las venturas mentirosas,
Las desdichas verdaderas?
Dé crédito el llanto igual
Al favor como al desden,
Ni aquel dudes porque es bien,
Ni este creas porque es mal.
Y si en argumento tal
No estás satisfecha, mira
Otro, que al discurso admira:
Esta prevista crueldad,
Ó es mentira, ó es verdad;
Dejémosla, si es mentira,
Pues nada nos asegura,
Y aunque sea verdad, vamos,
Porque siéndolo, arguyamos,
Que es el saberla ventura.
Ninguna vida hay segura
Un instante; cuantos viven,
En su principio aperciben
Tan contados los alientos,
Que se cumplen por momentos
Los números que reciben.
Yo en aqueste instante no
Sé, si mi cuenta cumplí,
Ni si la ví ya; tú sí,
Á quien el cielo guardó
Para un monstruo: luego yo
Llorar debiera ignorante
Mi fin, tú no, si este instante
A ser tan dichosa vienes,
Que seguro el vivir tienes,
Pues no está el monstruo delante.
Y pasando al fundamento
De lo que sabes de mí,
¿Cómo es compatible, di,
Que aqueste puñal sangriento
Dé en ningún tiempo violento
Muerte á lo que yo mas quiero,
Y á tí un monstruo? Ver no espero
Cosa de mí mas querida:
¿Luego amenazan tu vida
Aquel monstruo y este acero?
Pues si hoy el hado importuno,
Que es de los gentiles Dios,
Te ha amenazado con dos
Fines, no temas ninguno.
No hay mas rigor para el uno,
Que para el otro piedad:
Luego será necesidad
Temer, al rigor atenta,
Cuando es fuerza que uno mienta,
Que el otro diga verdad.
Y porque veas aquí,
Como mienten las estrellas,
Y que triunfar puedo dellas,
Mira el puñal.

Mar. Ay de mí!

Tetr. Tente, señor!

Tetr. ¿De qué asi

Tetr. Tiemblas? di!

Mar. Mi muerte advierte

Míralle en tu mano fuerte.

Tetr. Pues porque no temas mas,

Desde hoy inmortal serás;

Yo haré imposible tu muerte.

Sea el mar, campo de hielo,

Sea el orbe de cristal
Deste funesto puñal,
Monstruo acerado del suelo,
Sepulcro. [*Arroja el puñal al mar.*]

TOLOMEO dentro.

Tol. Válgame el cielo!

Mar. ¡O qué voz tan triste he oído!

Fil. Aire y agua han respondido

Con asombro ó con desmayo.

Lib. El trueno fue de aquel rayo

Un lastimoso gemido.

Mar. ¿Qué mucho que á mí me asombre

Acero tan penetrante,

Que hace heridas en las ondas,

É impresiones en los aires?

Tetr. Los pequeños accidentes

Nunca son prodigios grandes;

Acaso la voz se queja.

Y porque te desengañes,

Iré á saber lo que ha sido,

Penetrando á todas partes

Las entrañas de los montes,

Los cóncavos de los mares.

[*Vanse el Tetrarca, Filipo y los criados.*]

Mar. Toda soy horror!

Lib. El mar

Es monumento inconstante

De un misero, que rendido

Entre sus espumas trae.

Sir. Ya tu esposo, el gran Tetrarca,

Con generosas piedades

Movido, al bajel humano

Ha dado puerto en la márgen.

Mar. El puñal, que fue cometa

De dos esferas errantes,

Arpon del arco del cielo,

Clavado en un hombro trae.

Lib. Tolomeo es, ay de mí!

Mas bastaba ser mi amante,

Para ser tan infelice.

¡Qué prodigio tan notable!

¡Qué espectáculo tan triste!

Mar. ¡Qué asombro tan admirable!

Vamos de aquí, que no tengo

Ánimo para mirarle. [*Vanse.*]

[*Vanse.*]

Vuelven á salir el TETRARCA, FILIPO y los

criados, que traen á TOLOMEO, con el puñal

clavado.

Tetr. Ya del mar estais seguro,

Infelice navegante;

Así la mortal herida

Diera treguas á mis males.

Tol. ¡Detente, señor, detente!

Ese puñal no me saques,

Porque, al ver la puerta abierta,

Sus espíritus no exhale

El alma; ya que los cielos

Solamente en esta parte

Son piadosos, pues me dan,

Para verte y para hablarte,

Tiempo, no se pierda el tiempo,

Mi muerte, y la tuya sabe.

Tetr. Tolomeo?

Tol. Sí, señor.

Tetr. Llévalde de aquí, llévalde

Á curar.

Tol. Aqueso no;

Que cuando el riesgo es tan grande,

Menos importa mi vida,

Que la tuya. Y asi, antes

Que acaben mi poco aliento

Desdichas que son tan grandes,

Oye las tuyas, señor;
Y cuando helado cadáver,
Me falte el tiempo al deciras,
Al saberlas no te falte.
Octaviano en tierra y mar,
Ondas ocupando y valles,
Llegó á Egipto; salió Antonio,
Con tu socorro, á buscarle,
De Cleópatra acompañado,
En el Bucentoro, nave,
Que labró para él Cleópatra,
De marfiles y corales.
Á los principios fue nuestra
(Fuerte pena! injusto trance!)
La fortuna; ¿pero cuándo
Estuvo firme un instante?
Enojáronse las ondas,
Y el mar, Nembrot de los aires,
Montes puso sobre montes,
Ciudades sobre ciudades.
La armada del enemigo,
Como estaba hácia la parte
Del puerto abrigada, en él
Quiso el cielo que se ampare;
Mas la nuestra, dividida,
Deshecha y sin orden, sale
Á la campaña del mar,
Donde impelida mi nave
Caballo fue desbocado,
Que no hay freno que le pare.
Atormentada en efecto,
Desmantelado el velámen,
Los árboles destroncados,
Enmarañados los cables,
Y trayendo finalmente
Arena y agua por lastre,
Á vista ya de las torres
De Jerusalem la grande,
Fue ruina en un escollo,
Y aquí una tabla, á los ayes
Repetidos, fue del fin,
Enseñado á sus piedades.
¿Quién creará, que la fortuna
En un hombre, que se vale
De la piedad de un fragmento,
Pudiera hacer otro lance?
Yo lo afirmo; pues yo ví
De acero un cometa errante
Contra este humano bajel
Correr la esfera del aire.
Este pues, que de mi vida
Tasando está los instantes,
Solo el decir me permite,
Que tu enemigo triunfante
[Queda en Egipto, y Antonio,
Ó rendido, ó muerto yace;
Que de Aristobolo, hermano
De tu esposa, no se sabe;
Y en fin, que tus esperanzas,
Como el humo, se deshacen.
Y ya que de tus desdichas,
Siendo el todo, no soy parte,
Dales sepulcro á las mias,
Aunque las mias son tales,
Que ellas se harán su sepulcro,
Pues tienen para labrarle
Sangre y acero, y podrá
Enternecer un diamante;
Que aun los diamantes se rinden
Al acero y á la sangre.
Tetr. Ser un hombre desdichado,
Todos han dicho, que es fácil,
Y yo digo, que es difícil;
Porque es estudio tan grande

Aqueste de las desdichas,
Que no le ha alcanzado nadie. —
Quitadme ese asombro, ese
Funesto horror de delante,
Llevalde donde le curen. [Llévante.
Y aquesa puñal guardadle;
Que importa saber, qué debo
Hacer dél, que ya él me hace
Tenerle por prodigioso. —
Ay Filipo! hagan alarde
Mis suspiros de mis penas,
Mis lágrimas de mis males.

Fil. Señor, los grandes sucesos
Para los sugetos grandes
Se hicieron, porque el valor
Es de la fortuna exámen.
Ensancha el pecho; que en él
Cabrán todos tus pesares,
Sin que á la voz, ni á los ojos
Se asomen.

Tetr. ; Ay que no sabes,
Filipo, cual es mi pena,
Pues quieres darla esa cárcel!

Fil. Sí sé; pues sé, que has perdido
Tal república de naves.

Tetr. No es su pérdida la mía.

Fil. Serálo el mirar triunfante
Á tu enemigo.

Tetr. No tengo
Miedo á las adversidades.

Fil. De Aristobolo tu hermano,
Ni de Marco Antonio sabes.

Tetr. Cuando sepa que murieron,
Tendré envidia á bien tan grande.

Fil. Los prodigios del puñal
Preñeces son admirables.

Tetr. Al magnánimo varon
No hay prodigio que le espante.

Fil. Pues si prodigios, fortunas,
Pérdidas y adversidades
No te rinden, qué te rinde?
Ay Filipo! no te canses
En adivinarlo, puesto
Que mientras no adivinares
Que el amor de Mariene,
Todo es discurrir en balde.
Todos mis intentos son,
Entrar con ella triunfante
En Roma, porque no tenga
Que envidiar mi esposa á nadie.
¿Por qué ha de gozar belleza,
Que no hay otra que la iguale,
(Error del mérito) un hombre,
Que hay otro que le aventaje?
Piérdase la armada, muera
El César Antonio, falte
Aristobolo, Octaviano
De un polo á otro polo mande,
Con trágicas prevenciones
Hoy los cielos me amenacen,
Vuelva el prodigioso acero
Á mi poder, que á postrarme
Nada basta, nada importa,
Siempre con igual semblante,
Sino solamente el ver,
Que yo no he sido bastante
Á hacer Reina á Mariene
Del mundo. Y en esta parte
Dirás, y diránlo todos,
Que es locura. No te espantes:
Que cuando amor no es locura,
No es amor; y el medio es tan grande,
Que temo, advierte Filipo,
Que pasando los umbrales

De la vida, y que llegando
De la muerte á esotra parte,
Ha de quedar en el mundo
Por un prodigio admirable
De las fortunas de amor
Á las futuras edades. [Vanse.

Salen OCTAVIANO y Soldados.

Oct. Felice es la suerte mia,
Pues de Egipto victorioso,
Dilato la monarquía
De Roma, dueño famoso
De los términos del día.
Cante pues victoria tanta
La fama, y en testimonio
De que á todas se adelanta,
Sean triunfo de mi planta
Hoy Cleópatra y Marco Antonio.
Presos á los dos procura
Llevar mi heroica ventura,
Porque, lidiador bizarro,
Sean fieras de mi carro
El poder y la hermosura.

Salen POLIDORO, ARISTOBOLO y un Capitan.

Capit. Aunque habemos discurrido
De Cleópatra el gran palacio,
Hallarla no hemos podido,
Ni á Antonio; porque su espacio
Laberinto de oro ha sido.
Solamente hemos hallado
Á Aristobolo, cuñado
Del que hoy en Jerusalem
Tetrarca asiste, de quien
Nos informó este criado.
Tu contrario fue; y asi,
Porque averigües aqui
Sus designios, le traemos
De la parte en que le habemos
Hallado. — Llega. [á Polidoro.

Pol. Ay de mí! [aparte.

¿Cuál diablo me metió, cuál,
Cielos! en engaño igual?
¿No son notables errores,
Que otros vivan de traidores,
Y yo muera de leal?

Arist. Si asi la vida me das, [aparte á él.
No temas, seguro estás,
Que yo á tí te la daré.
Disimula.

Pol. Yo lo haré, [aparte.
Hasta que no pueda mas. —
Grande César Octaviano,
Cuyo renombre inmortal
El tiempo asegure ufano
En láminas de metal,
Que intente borrar en vano,
No manches, no, riguroso,
Los aplausos, que has tenido,
Con sangre; que es ser piadoso
Vencedor con el vencido,
Ser dos veces victorioso.

Oct. Aunque pudiera, o valiente
Aristobolo, vengarme
En tu vida dignamente
De tí y tu hermano, mostrarme
Quiero piadoso y clemente.
Álzate del suelo, y pues
El fin de mis glorias es
Entrar en Roma triunfante,
Con Marco Antonio delante
Y con Cleópatra á los pies,

Dime donde estan; que no
He sabido dellos yo
Desde que aquel Bucentoro,
Armada nave de oro,
De la batalla salió.

Pol. Yo de los dos te dijera,
Si yo de los dos supiera;
Pues por mis discursos hallo,
Que hiciera mas en callallo
Yo, que en decirlo hiciera.
Mas desde que llegué aqui,
Nunca mas á los dos ví.

Oct. Eso no es agradecer
Mi piedad. Yo he de saber
Dellos, y ha de ser asi:
Hola!

Capit. Señor?
[Entiende Octaviano, que Polidoro es Aristobolo.

Oct. Al Infante
Aristobolo llevad
Á una torre, y ni un instante
Goce de la claridad
Del sol, la noche le espante,
Por eterna.

Pol. Aqui llegó, [aparte á Aristobolo.
Señor, de tu engaño el fin.

Arist. Sufre. [aparte á él.
Torre obscura yo?

Oct. Llevalde!

Pol. El demonio sin
Duda me aristoboló;
Que yo.....

Capit. Calla!
Qué es callar?

Pol. ; Vive Baco, que he de hablar!
Yo Principe? Muy errado,
Muy cerrado y muy culpado
Soy.

Oct. No teneis que esperar!
Y ese criado primero
Padezca un tormento fiero,
Ó muera en él de leal.

Pol. Qué es tormento? Mal por mal,
Torre pido, noche quiero.
Vamos á la torre; yo
Soy Aristobolo, no
Principe errado, segun
Decia. Sin duda, que algun
Ángel me aristoboló.

Arist. Enfrena un poco el rigor,
Sabrás de los dos, señor,
Y de mi voz advertido,
Oírás, que los dos han sido
Funestos triunfos de amor.
Apenas rota su armada
Vió Antonio, cuando la alada
Nave, haciéndose á la vela,
Nada, pensando que vuela,
Vuela, pensando que nada;
Pues con ligereza suma,
Pez, sin escama nadaba,
Ave, volaba sin pluma,
Tan veloz, que no le ajaba
Un solo rizo á su espuma.
Á Ménfis en fin llegó,
Donde rehacerse pensó
De la pérdida, y tornar
Á la campaña del mar,
Que tantas desdichas vió;
Mas viendo que le seguia
Á Ménfis, y que traia
De tu parte á la fortuna,
Pues al orbe de la luna
Con alas suyas subias,

Lamentando mal y tarde
La pérdida de su gente,
Sin que á ser despojo aguarde,
Del extremo de valiente,
Dió al extremo de cobarde;
Pues ciego y desesperado,
Al Panteon, colocado
Á egipcios Reyes, entró,
Y una sepultura abrió,
Donde vivo y enterrado,
Dijo, sacando el acero:
Nadie ha de triunfar primero
De mí, que yo mismo; asi
Triunfo yo mismo de mí,
Pues yo mismo mato y muero. —
Cleópatra, que le seguia,
Viendo que ya agonizaba,
Bañado en su sangre fria,
Cuyo aliento pronunciaba
Mas, cuanto menos decia,
Muera, dijo, yo tambien,
Pues por piedad, ó por ira,
No cumple con menos quien
Llega á querer bien, y mira
Muerto á lo que quiso bien. —
Y asiendo un áspid mortal
De las flores de un jardin,
Dijo: si otro de metal
Dió á Antonio trágico fin,
Tú serás vivo puñal
De mi pecho, aunque sospecho,
Que no moriré á despecho
De un áspid, pues en rigor
No hay áspid como el amor,
Y ha dias que está en mi pecho. —
Y él con la sed venenosa
Hidrópicamente bebe,
Cebado en Cleópatra hermosa,
Cristal, que exprimíó la nieve,
Sangre, que vertió la rosa.
Yo lo ví todo, porque
Asi como aqui llegué,
El palacio examinando,
Á Aristobolo buscando,
Hasta el sepulcro me entré,
Donde él rendido al valor,
Y ella postrada al dolor,
Yacen, porque desta suerte
Aun no divide la muerte
Á dos, que junta el amor.

Oct. Aqui dió fin mi esperanza,
Aqui murió mi alabanza,
Pues por asombro tan fuerte
No ha de pasar mi venganza
Los umbrales de la muerte.
Ya triunfar dellos no espero;
Que yo solamente quiero
Saber, qué intento ha obligado
Al Tetrarca, tu cuñado,
Para que sañudo y fiero
Te enviase contra mí?

Pol. ¿Si tú estás diciendo aqui,
Que es cuñado, no es error
Preguntarme, qué es, señor,
Su intento? Pues dice asi,
Que lo que á esto le ha obligado
Es el verme desta suerte;
Pues solo me habrá enviado
Á que tú me des la muerte,
Propia alhaja de un cuñado.

Capit. Si examinar su intencion
Quieres, yo te la diré;
Pues con aquesta ocasion
Este cofre les quité;

Joyas y papeles son
Las que hay en él.

Oct. Muestra á ver.
Cifra es del mayor poder
Su inestimable riqueza;
Mas la pintada belleza
De una extranjería muger
Es la mas noble y mejor
Joya, y la de mas valor.
No ví mas viva hermosura,
Que es alma de la pintura.

Arist. Atento el Emperador [aparte.
Mira el retrato fiel.
Mas, ay fortuna cruel!
Ver los papeles porfia.
¡Mal haya el hombre, que fia
Sus secretos á un papel!

[Saca Octaviano del cofrecillo una carta, y pónese á leerla.

Oct. [lee] „En esta facción está el fin de mis deseos;
„pues no espero, para declararme Empe-
„rador de Roma, sino que Octaviano ren-
„dido ó preso.....“
¿Qué tengo que saber mas?
Y pues sospechoso estás,
Y aun convencido conmigo,
Mientras pienso tu castigo,
En una torre estarás.

Pol. No son buenos pensamientos
Andar pensando tormentos.
¿No será mucho mejor,
Que no castigos, señor,
Pensar gustos y contentos?
Llévadle de aquí.

Pol. Escuchar
Debes, que.....

Oct. No hay que aguardar.

Pol. Sí hay.

Oct. Di.

Pol. Solamente digo,
Que no hay que esperar castigo,
Pues no me dejas hablar. [Llévante.

Oct. Tú partirás al momento [al Capitan.
Con gente y armas, y atento
Á mi cesárea obediencia,
Traerás preso á mi presencia
Al Tetrarca; que es mi intento,
Que, como á César, me dé
Del tiempo que ha gobernado
Residencia. — Y tú, porque [á Aristobolo.
En efecto eres criado,
En quien tal lealtad se vé,
Darte libertad espero;
Pero por rescate quiero,
Que ya liberal me des
El decirme cuyo es
Este retrato.

Arist. Aquí muero [aparte.
De confusion. Si le digo
Quien es, á amarla le obligo,
Desesperarle es mejor;
Halle imposible su amor
Al principio, así consigo
Su quietud. — Esa pintura,
Sombra ya de una escultura,
Ceniza de un rayo ardiente,
Es memoria solamente
De una difunta hermosura.

Oct. ¿Muerta es esta muger?

Arist. Sí.

Oct. ¿Para qué, amor, (ay de mí!)
Sin esperanzas la veo?

Arist. Bien se logró mi deseo. [aparte.

Oct. Libre estás, vete de aquí. [Vase Aristobolo.

La muerte y el amor una lid dura
Tuvieron sobre cual era mas fuerte,
Viendo, que á sus arpones de una suerte
Vida, ni libertad vivió segura.
Una hermosura amor divina y pura
Perficionó, donde su triunfo advierte;
Pero borrando tanto sol la muerte,
Triunfó así del amor y la hermosura.
Viéndose amor entonces excedido,
La deidad de una lámina apercibe,
Á quien borrar la muerte no ha podido.
Luego bien el laurel amor recibe;
Pues de quien vive y muere dueño ha sido,
Y la muerte lo es solo de quien vive. [Vase

Sale LIBIA sola por una parte.

Lib. Por las faldas lisonjeras
Destos elevados riscos,
Que son del puerto de Jafa
Enamorados Narcisos,
Á divertir mis pesares
Melancólica he salido,
Por no escuchar los agenos,
Pudiendo llorar los míos.
Sola estoy, salga del pecho
En acentos repetidos
Mi dolor. Ay Tolomeo!
En tanto que lloro y gimo
Desdichas tuyas, admite
Este llanto, que te envío.
Bastaba quererte bien,
Para que (rigor impio!)
Te sucediese mal todo,
Tropezando en tus peligros.
¿Cuándo victorioso (ay triste!)
Te esperaba el pecho mio,
Dulce fin de tus amores,
Muerto has llegado y vencido?

Salen por otra parte MARIENE y SIRENE.

Sir. Casta Vénus destos montes,
Si á divertir has venido
Con la música y las flores
Los ojos y los oídos,
La atención vuelve y la vista
Á ese bruto cristalino,
Pues son flores sus celages,
Y música sus bramidos.

Mar. Nada puede para mí
Servir, Sirene, de alivio.

Salen el TETRARCA y FILIPO.

Fil. Este es, señor, el puñal,
Que, ya una vez despedido
De tu mano, vuelve á ella.

Tetr. Ya con asombro le miro,
Como á fatal instrumento.
Mas di, ¿cómo se ha sentido
Tolomeo?

Fil. No es la herida,
Señor, de tanto peligro,
Como la falta de sangre.

Tetr. Mariene!

Mar. Esposo mio?

Tetr. Girasol de tu hermosura,
La luz de tus rayos sigo,
Bien como la flor del sol,
Cuyos celages y visos,
Iluminados á rayos,
Tornasolados á giros,

Le va siguiendo, porque,
Iman del fuego atractivo,
Le hallan su vista, ó su ausencia,
Ya luciente, y ya marchito.
Mar. Ya que del fuego te vales,
Sea amor, ó sea artificio,
Yo tambien; pues como aquella
Ave, que tuvo por nido
Y por sepulcro la llama,
Enamorando el peligro,
Bajel de púrpura y oro,
Bate los remos de vidrio:
Así yo, que á tantos rayos
Vida, muriendo, recibo,
Hasta que abrasada muera,
Me parece, que no vivo.

Tetr. Dejados solos. — Ya pues [Vanse todos.
Que serán mudos testigos
De mis lágrimas y voces
Estos mares y estos riscos,
Salgan, Mariene hermosa,
Afectos del pecho mio
En lágrimas á las ondas,
Y á las penas en suspiros.
Este sangriento puñal,
Sacre de acero bruñido,
(Que no con poca razon
Sacre de acero le digo,
Pues cuando desenlazado
De mi mano le despiro,
Con la presa vuelve á ella,
En sangre y horror teñido)
Es aquel, que la dudosa
Ciencia de un astro previno
Para homicida de quien
Mas adoro y mas estimo.
Y aunque es verdad, que constante
Á peligrosos juicios,
No doy crédito, y desprecio
Los contingentes delirios
Del hado y de la fortuna,
Dioses, que coloca el vicio,
No sé qué nuevo temor
En mi pecho ha introducido
Verle volver á mi mano,
Que ya le temo y le admiro.
Y entre el miedo y el valor,
Ya cobarde, ya atrevido,
Sitiado dentro de mí,
Me quiero dar á partido;
Porque aunque bien yo no creo
Los acasos prevenidos,
No los dudo; que no ignoro,
Que ese estrellado zafiro,
República de luceros,
Vulgo de astros y de signos,
Á quien le sabe leer,
Es encuadrado libro,
Donde estan nuestros alientos
Asentados por registro.
Y así, ni dudando bien,
Ni bien creyendo, imagino,
Que debe el varon perfecto
Á los sucesos previstos
Darlos al crédito en una
Parte, y en otra al olvido,
Aquí para no esperarlos,
Y allí para prevenirlos;
Pues señor de las estrellas,
Por leyes de su albedrío,
Preveniéndose á los riesgos,
Puede hacer virtud del vicio.
Yo pues, entre dos afectos
Vacilante y discursivo,

Ni creyendo, ni dudando,
El puñal á tus pies rindo.
Tú eres, bellissima Hebreá,
La luz hermosa que sigo,
La beldad que sola adoro,
La imágen que sola admiro.
No es posible, que yo quiera,
Si inmortal al tiempo vivo,
Otra cosa mas que á tí;
Tanto, que mil veces digo,
Que el mayor monstruo del mundo,
Que te amenaza á prodigios,
Es mi amor; pues, por quererte,
Á tantas cosas aspiro,
Que temo, que él ha de ser
Ruina tuya, y blason mio.
Pues si lo que yo mas quiero
Eres tú, y el cielo mismo
No puede ser que no seas,
Sin borrar lo que ya hizo,
Tú eres á quien amenaza
Ese hermoso basilisco,
Que en tus pies se disimula
Entre dos cándidos lirios.
Yo quise hacer imposible
Tu muerte, cuando atrevido
Arrojé al mar el puñal;
Pero habiendo una vez visto,
Que aun en él no está seguro,
Pues por casos exquisitos
Podrá llegar donde estás,
Siempre ignorando el peligro,
Para mas seguridad
Tuya, cuerdo he prevenido,
Que tú, árbitro de tu vida,
Traigas tu muerte contigo;
Que mayor felicidad
Nadie en el mundo ha tenido,
Que ser, á pesar del hado,
El juez de su vida él mismo.
La Parca, que nuestras vidas
Tiene pendientes de un hilo,
Para que el tuyo no cortes,
Pone en tu mano el cuchillo.
En tu mano está tu suerte,
Vive tú sola á tu arbitrio;
Pues si acercas el aliento,
Podrás embotarle el filo.
Si es verdad, ó si es mentira
El hado, no lo averiguo;
Mas prevengo los dos males,
Pues prudente y advertido,
Si es mentira, la sospecha
De que la temas te alivio,
Si es verdad, con la razon
Á hacerla mentira aspiro.
Luego mentira ó verdad,
Para todo prevenido,
Yo no puedo darte mas
Que tu vida; esta te rindo.
Este acero y este amor
Son hoy tus dos enemigos;
Pues mientras yo te coronó
De mil laureles invictos,
Triunfa tú de ese, y al fin,
Dueño tú de tu albedrío,
Guárdate tu vida tú,
Huye tú de tu peligro,
Hazte tú tu duracion,
Lábrate tú tus designios,
Cuéntate tú tus alientos,
Y vive al fin tantos siglos,
Que este amor y este puñal
Triunfen de muerte y olvido.

Mar. Oye, señor, oye, espera;
Que aunque agradezco y estimo
El don, que á mis plantas pones,
Ni le acepto, ni le admito;
Que de púrpura manchado,
Y entre flores escondido,
Tanto me estremezco, tanto
En verle me atemorizo,
Que, muda y helada, creo,
Torpe el labio, el pecho frio,
Que soy de aquestos jardines
Estatua de mármol vivo.
Mas rompiendo á mi silencio
Las prisiones y los grillos,
Con que en cárceles de hielo
El temor los ha tenido,
Quiero declararme, y quiero
Argüirte, que no ha sido
Cuerda determinacion,
Si bien de tu amor indicio,
La que contigo has tomado,
Y ejecutado conmigo.
Dejo á una parte, si es bien
El darse por entendido
Hoy mi amor, de que yo sea
Del tuyo sugeto digno;
Y creyéndote cortes,
Pues, por amante y marido,
Me está tan bien el creerlo,
En mi argumento prosigo,
Sin tocar si es bien ó mal
Tampoco haberlo creído;
Pues por verdad ó mentira,
Ya tú en esta parte has dicho,
Que el prevenirlo es cordura,
Esperarlo, desatino,
Y providencia discreta,
No esperararlo y prevenirlo:
Y así, esto á parte dejando,
Vuelvo á mi argumento, y digo:
Si ese sangriento puñal
Es el que cruel y esquivo
El hado esquivo y cruel
Contra mi pecho previno,
¿Quién te persuadió, Tetrarca,
Quién te informó, quién te dijo,
Que era la seguridad
De mi vida, traer conmigo
La ejecucion de mi muerte,
Y que podrán ser amigos,
Ni hacer buena compañía
La vida y el homicidio?
Si este mi suerte amenaza
Con asombros, ¿es arbitrio
Para excusar, que se encuentren,
Hacer, que anden un camino
Los dos, siguiéndose siempre
El acaso y el peligro?
¿Fuera buena prevencion
En el humano sentido,
Para estorbar, que se abraza
Este supremo edificio,
Acompañarle del fuego?
¿Fuera acierto conocido,
Para excusar, que un espejo
No se quiebre, junto á él mismo
Poner piedras en que encuentre?
Pues piensa, que es esto mismo
Lo que intentas, pues intentas,
Que nunca esten divididos
Este puñal y este pecho;
Y han de ser siempre enemigos,
Por mas que juntos los veas,
Seguridad y peligro,

Vida, muerte é impiedad,
Sombra y luz, virtud y vicio,
Homicidio y homicida,
Torre y fuego, piedra y vidrio.
Confieso, que la razon
Es fuerte, cuando advertido
Dices, que no es ocultarle
Remedio, cuando le vimos
Volver del mar á tu mano;
Y que será gran martirio,
Confieso tambien, estar
Dudando siempre afligido
Un pecho: ¿quién será ahora
Dueño de los hados míos?
Pero entre apartarle tanto,
Que ignore quien habrá sido,
Y acercarle tanto, que
Sepa, que viene conmigo,
Hay un medio, que es, ponerle
Con tal dueño, y en tal sitio,
Que lo sepa, y no lo tema.
Tú le has de traer ceñido;
Pues si del juicio me acuerdo,
El mágico no me dijo,
Que tú darías la muerte
Á lo que mas has querido
Con él, sino que con él
Moriría. Y pues colijo,
Que otro podrá aborrecer
Lo que tú quieres, delito
Fuera, echándole de tí,
Dar armas á tu enemigo;
Pues podrá venir á manos
De quien me haya aborrecido.
Y así, señor, yo te ruego,
Y así, señor, te suplico,
Que tú, Alcaide de mi vida,
Traigas el puñal contigo.
Con eso seguramente
Sabré, que aquel tiempo vivo,
Que tú le tienes. Que escuches
El argumento, te pido.
Ó tú me quieres, ó no;
Si me quieres, no peligro,
Pues á lo que tú mas quieres
No has de dar muerte tú mismo;
Si no me quieres, no soy
Á quien arrastra el destino
De tu amor, y al mismo instante
De la amenaza me libro.
Luego, olvidada ó querida,
Mi seguridad te pido,
Mis temores desvanezco,
Mis quietudes facilito,
Mis deseos aseguro,
Mis contentos solicito,
Mis rezelos acobardo,
Mis esperanzas animo,
Cuando tu amor y mi vida
Triunfen de muerte y olvido.

Tetr. Tanto tu vida deseo,
Que á ser tu Alcaide me obligo.
¿Ojalá fuera verdad,
No prevencion, este estilo,
Para que nunca murieras!
Y así, á tus voces movido,
En tu nombre, dulce esposa,
Segunda vez me le ciño. [Levanta el puñal.
[Dentro cajas.
Pero ¡válganme os cielos!
¿Qué alboroto, qué ruido
Es este?

Mar. El cielo parece
Que se hunde de sus quicios.

Tetr. Qué asombro!
Mar. Qué confusion!
Salen por distintas puertas FILIPO y LIBIA.
Fil. Señor!
Lib. Señora!
Tetr. Filipino,
Qué es esto?
Mar. Qué es esto, Libia?
Lib. No sé si sabré decirlo.
Fil. Gente del Emperador
Octaviano, tu enemigo,
Á Jerusalem ocupa;
Y ya todos sus vecinos,
Sabiendo que Antonio es muerto,
Parciales y divididos,
Te buscan para prenderte,
Diciendo á voces, que has sido
La causa de sus traiciones.
Mar. Ay de mí!
Tetr. Pierdo el sentido!
Mar. Huye, señor! Ese monte
Sea tu sagrado asilo;
Porque mejor las desdichas
Se vencen en los principios.
Tetr. Qué es huir? ¡Viven los cielos,
Que tengo de recibirlos!
Mar. Mira, señor,.....
Tetr. Qué he de ver?
Mar. Que es un vulgo.....
Tetr. Ya lo miro.
Mar. Alborotado.....
Tetr. Qué importa?
Mar. Tu vida.....
Tetr. Mi vida libro.
Mar. Cómo?
Tetr. Poniéndome.....
Mar. Dónde?
Tetr. Delante dél.
Mar. Es delirio!
Tetr. No es.
Mar. Por qué?
Tetr. Porque con verme,
Verás, que su orgullo rindo.
[Vuelven á tocar.
Á Dios, esposa; que ya
Segunda vez dan aviso
Las cajas.
Mar. Tente!
Tetr. Qué temes?
Mar. Temo, señor, tu peligro,
Que vas solo.
Tetr. No voy tal;
Tú vas, señora, conmigo,
Y este acero, que me basta,
Si es de la muerte ministro,
Á ser asombro del mundo,
Á ser rayo, á ser prodigio.

JORNADA II.

Córrese una cortina, y se ve á un lado del teatro un Soldado, como sustentando de la parte de abajo un retrato entero de Mariene; y de la parte de arriba habrá otro Soldado, como que le está colgando sobre una puerta, que habrá en el vestuario.

Sold. 1. Ya que en sus melancolias
No hay cosa que le divierta

Mas, que en varios trages ver
Repetida esta belleza,
Y este es el mejor retrato
De cuantos de la pequeña
Lámina al lienzo pasó
Del noble arte la excelencia:
Pongámosle de su cuarto
Sobre el marco de esa puerta,
Para que, cuando entre y salga,
Á todas horas le vea.

Sold. 2. Bien has prevenido.

Sold. 1. Pues
Sea presto, que ya llega.
Sold. 2. Con la priesa, que me das,
No sé, si bien puesto queda.
Quiera Dios, que no se caiga,
Vencido el clavo ó la cuerda.
[Quitase el Soldado de lo alto.

Sale OCTAVIANO por otra puerta distinta de la del retrato.

Oct. Pasion tan desesperada,
Que al primer paso tropieza
En un imposible, y cae
En otro, queriendo ciega
Dar una esperanza viva
En una hermosura muerta,
Bien se vé que no es pasion,
Sino locura; y de tema
Tan invencible, que triunfos,
Aplausos, lauros y empresas
No la alivian, puesto que
Ni todo, ni parte sean
Á echar de mí una aprehension
Tan rebeldemente necia.
Sold. Como mandaste, señor,
Que en todo Méfisis se hicieran
Deste pequeño retrato
Varias copias, traje esta,
Por ser la mas parecida.
[Dale el retrato pequeño.

Oct. Dices bien; pues no pudiera
Haberla mejor sacado
El pincel, cuando corriera
Las líneas y los bosquejos
Al lienzo desde mi idea.
¿Qué nunca me hayas sabido,
Ó con maña, ó con cautela,
De Aristobolo, quien fuese
Alma de deidad tan bella?
Sold. Con ese intento mil veces
Á la torre, que le encierra,
De guarda entré; pero nunca
Lo supe; que de manera
Aristobolo ha perdido
El juicio, desde que en ella
Está, que es en vano ya,
Que á nada en razon atienda.
Oct. Qué dices?

Sold. Que solamente
Desatinos dice y piensa.
Oct. No me espanto, (ay infelice!)
Si la causa, que le fuerza
Á perder el juicio, ha sido
Perder esta hermosa prenda.
¿Cómo es compatible, ¡o rara
Beldad! que un delirio sientan
Dos; el uno, porque te halle,
Y el otro, porque te pierda?
¿Qué mal hice, cuando necio
De amor y de su violencia,
Culpé á Antonio, que adorase
Á aquella Gitana, á aquella,
Que en los teatros del mundo